LA EDUCACIÓN DE LAS MARIPOSAS

LOS IMPERDIBLES

DONATO CARRISI

LA EDUCACIÓN DE LAS MARIPOSAS

Traducción de Maribel Campmany

DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2025

Título original: *L'educazione delle farfalle*

© 2023, Donato Carrisi
© de esta edición, 2025 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
© 2025, de la traducción: Maribel Campmany Tarrés

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2025

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Plaça Urquinaona, 11. 3.º 1.ª izq. 08010 Barcelona (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87574-14-7
Código IBIC: FA
DL: B 15.303-2025

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
David Pablo

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, *la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

A Sara,
que llena los espacios en blanco entre las palabras.

La casa de madera arde en la noche. Como un pequeño volcán resplandeciente en el centro del valle.

Lenguas luminosas se alzan en el cielo negro en medio de plácidas montañas. Las llamas se exhiben con feroz belleza. Tiñendo de rojo la nieve blanca, privan para siempre al paisaje de su cándida inocencia. Alguien las ha liberado de su prisión secreta y ahora se adueñan por la fuerza del lugar que les corresponde por naturaleza. Para demostrar su poder, han escogido la casa de madera que ahora sucumbe, rendida.

En el gran silencio, solo se oye el rugido del fuego.

Cuando las campanas de la pequeña aldea alpina empiezan a sonar para convocar a los equipos de salvamento, el edificio de tres plantas con el tejado a dos aguas está ya completamente envuelto por el abrazo de las llamas. Al igual que una presa todavía con vida después de ser capturada, la casa intenta zafarse de vez en cuando mientras el depredador ya la está devorando, pero cualquier tentativa es en vano.

Entretanto, voces exaltadas llegan de todas las direcciones. Las llamaradas reaccionan con rabia, desafiando a cualquiera que se atreva a detenerlas. Esos hombres no podrán hacer más que dejarse aterrorizar y fascinar por ese espectáculo de destrucción. Si no fuera tremendo, sería bellísimo.

En medio del pequeño infierno se ve una hilera de piececitos descalzos impresos en la nieve.

Niñas ateridas en camisón. Niñas de seis años. Empapadas de la lluvia del sistema antiincendios, están agrupadas a una distancia de seguridad. En sus rostros, máscaras de hollín surcadas por las lágrimas y, entre el pelo, unos extraños hilos plateados. Pequeñas

hadas alrededor de una gran hoguera para un rito mágico. El aliento se condensa en el frío nocturno. Los ojos abiertos de par en par. Se abrazan, asustadas, pero a salvo.

No están solas. Las acompañan las tres monitoras responsables de su bienestar y su seguridad.

Esa noche marcaba el inicio de la última jornada de unas vacaciones transcurridas en un lugar idílico, entre clases de esquí, sesiones de patinaje, descensos en trineo, tardes jugando al *Monopoly*, al *Pictionary* o al *Operación*, veladas con una taza de chocolate caliente y cuentos de buenas noches frente a la gran chimenea. Solo unas cuantas horas más tarde, las jóvenes huéspedes habrían regresado con sus familias luciendo un bonito bronceado y cargadas de un sinfín de experiencias fantásticas que contar.

Ahora volverán, pero ya no serán las mismas.

Porque, después de esta noche, cualquier recuerdo de esta semana será distinto. Cualquier imagen olerá a humo y a orina caliente deslizándose entre las piernas. Tendrá el sonido del fuego que se carcajea a tus espaldas mientras te persigue. Y el sabor amargo del miedo. Un sabor que se ocultará en lo más profundo de la memoria de esas niñas y aflorará en su boca, incluso cuando sean mayores, cada vez que su instinto presienta el menor atisbo de amenaza.

También será difícil para las tres monitoras borrar de sus ojos el resplandor de esa escena. En este momento, dos de ellas no logran siquiera pestañear. La tercera, en cambio, sigue yendo y viniendo de una niña a otra. Las cuenta en voz baja. Y luego vuelve a contarlas. Para asegurarse. Sin fijarse todavía en los nombres. Con los nombres es más fácil equivocarse. De modo que, para no confundirse, le asigna un número a cada una. La uno, la dos, la tres, y así hasta llegar al final. Pasa revista poniendo una mano en la cabeza de cada niña, como si se tratase de un nuevo bautismo.

En el fondo de su corazón, la mujer espera que el número final cambie. Pero siempre es el mismo. Y por eso, impertérrita, vuelve a empezar.

«No son "solo" once, no son "solo" once», sigue repitiéndose a sí misma. Mientras tanto, ni siquiera las mira a la cara, para no verse obligada a distinguirlas.

Si lo hiciera, debería pensar en el nombre de la que falta. La número doce.

Y ella todavía no quiere saber ese nombre. Todavía no está preparada. Así pues, obstinada, insiste en asignarles un número. Pero cuando se confía la tarea a las matemáticas, rara vez se equivocan.

La monitora encargada del recuento da la espalda a la casa que, entretanto, ha desaparecido por completo entre las llamas. Ella no lo sabe, pero ya no se distingue la punta del tejado. La mujer es la única, entre curiosos y equipos de rescate, que no permanece hipnotizada por el espectáculo.

No se atreve a mirar.

Hasta que un ruido siniestro la obliga a volverse. Un silbido espantoso, inesperado, casi insoportable. Como el último gemido de un gigante que cae desplomado.

Y entonces, en un instante, todo se derrumba.

La casa en medio de las montañas ya no está, como si se la hubieran tragado las abrasadoras profundidades de la tierra. El fuego devastador se despide de su público con una última y cruel maravilla. Un millar de chispas doradas se alzan hacia el cielo estrellado.

LA VIDA DE ANTES

1

La ciudad de vidrio era una especie de espejismo en medio de la vasta llanura. La había visto por primera vez desde la ventanilla de un avión, cuando llegó. Las torres de cristal temblaban en el aire enrarecido. El sol se reflejaba en el acero. El cielo se duplicaba en los edificios.

A partir de entonces, Serena se había acostumbrado a pensar de ese modo del lugar en el que había elegido vivir. Milán era una gran catedral de espejos.

Se trasladó a la ciudad inmediatamente después de terminar el máster en Finanzas Corporativas en la Hult. Londres nunca había tenido unas dimensiones ideales y, tal vez, era incluso demasiado previsible para una bróker. Pero en Milán había encontrado la medida justa y en consonancia con su manera de ser.

Su sitio estaba en las alturas. No pensaba bajar nunca más al suelo. La ciudad entre las nubes era la alegoría perfecta de su ambición.

Su oficina estaba en la planta veintitrés de un rascacielos, su apartamento, en la diecinueve de otro. Aparte del panorama del que se disfrutaba desde allí arriba, en la ciudad entre las nubes se vivía deprisa y, por esa razón, había que estar al tanto de todo lo que sucedía, y no solo en el mundo de los negocios. Se corría el riesgo de rezagarse y quedarse fuera irremediablemente.

Por lo general, solo se bajaba para trasladarse de un lugar a otro o para ir de compras a las *boutiques* del Quadrilatero, para probar la cocina experimental de algún restaurante nuevo, para tomar algo en un local de tendencia o bien para disfrutar de una velada en la Scala. Los habitantes de la ciudad entre las nubes eran frívolos y conscientes de su propia ligereza. Si no eres ligero, no puedes vo-

lar. A pesar de vivir como divinidades paganas, no tenían ninguna relación con la espiritualidad. Chefs y bármanes eran sus gurúes. El entrenador personal, su único consejero. Se habían librado de la idea de una vida eterna y habían obtenido a cambio la promesa de un placer inmediato, seguro. Una felicidad efímera por la que no debieran sentirse en deuda o culpables.

Esa manera perfecta de existir, de estar en el mundo, era la que Serena se aplicaba hasta esa tarde de junio. En ese momento, todo ello, todas sus certezas, corría el riesgo de desmoronarse. Ahora todo parecía imperfecto o, por lo menos, no adecuado para ella.

Empezando por el aséptico consultorio médico.

El dudoso azul de las paredes que la rodeaban, los pósteres con paisajes anónimos colocados allí sin ninguna intención estética, solo para llenar el espacio vacío de las paredes. La amenazadora lámpara de neones que pendía sobre su cabeza, encendida incluso de día. La camilla en la que estaba sentada con las piernas colgando. El papel tosco que recubría la superficie bajo sus nalgas. Sus delgadísimos pies metidos en unas absurdas zapatillas de plástico rosa, tan grandes que los dedos asomaban y parecía que estuviesen a punto de precipitarse uno tras otro al suelo de linóleo. La ridícula bata de florecitas que le habían entregado a cambio de su ropa de marca.

Era completamente evidente que todo estaba mal. O quizá fuera Serena quien estaba fuera de lugar. Tal vez, simplemente, ella no debería estar allí. Sí, era justo eso.

Pero lo peor, lo más imperdonable en aquel entorno ajeno, era, sin duda, la ventana que daba al patio interior del edificio. Desde allí se veían los contenedores de basura del vecindario al lado de los motores de los aparatos de aire acondicionado, conectados a un tubo metálico que trepaba hasta el tejado y que producía un murmullo constante, tan imperceptible como penetrante e insoportable. Más allá de la única valla se alcanzaba a distinguir el tráfico de coches y de transeúntes.

Para Serena era todo nuevo. Los rostros de las personas que caminaban por la calle o cogían el tranvía, sus ropas descoordinadas, su manera de comportarse o cómo interactuaban entre sí. Parecían pertenecer a otro tiempo, a otro planeta.

Incluso cuando miraba a las ventanas de los apartamentos cercanos, todo le parecía extraño. En las viviendas vacías, que esperaban el regreso de los inquilinos en un estado de apacible inmovilidad, había objetos que ella nunca habría comprado. Y, sin embargo, alguien lo había hecho, y eso le parecía sorprendente. Una lámpara con la silueta de Marilyn Monroe. Muebles de estilo *shabby chic*. Animalitos de cristal falso. Esas cosas no eran simplemente *kitsch*. Eran objetivamente feas. Y no eran fruto de un error de juicio ni de simple mal gusto.

Detrás de cada una de ellas se ocultaba toda una serie de opciones de vida equivocadas.

En una cocina había una mujer joven que muy probablemente tenía su misma edad. Ese detalle fue suficiente para que se sintiera identificada con ella de inmediato. El hecho de que la mujer no estuviera en el trabajo, sino dedicándose a las tareas domésticas, la horrorizó. O tal vez su trabajo fuera precisamente ese. Y se encontraba en casa de otra persona. Esa posibilidad también le resultaba desagradable.

«¿Qué hago en este lugar?», se repitió Serena. Cayó en la cuenta de que nunca se había detenido a observar la ciudad desde abajo. No le gustaba, quería volver a la cota que le correspondía. Esa desde la que, al asomarse a una ventana, los demás se veían tan pequeños que parecían insignificantes.

Sin embargo, seguía allí atrapada desde hacía horas, medio desnuda y a merced de médicos que no conocía, que la habían sometido a una serie de exámenes más o menos invasivos y que le hacían preguntas cada vez más embarazosas. Y ahora que la tortura y los interrogatorios parecían, por fin, haber terminado, una doctora la había dejado sola en ese cubículo con la promesa de regresar pronto con respuestas.

Entretanto, aquel «pronto» se había convertido en cuarenta y cinco larguísimos minutos.

Serena tenía ganas de hacer pis y, lo que era peor, no tenía consigo su teléfono inteligente. El móvil habría sido una útil vía de escape, pero lo había dejado en el bolso, junto con su ropa, en una cabina. No había pedido que se lo devolvieran al finalizar la revisión porque no podía imaginarse que la espera de los resultados se alargaría más allá de lo soportable. Así que, para no pensar, se ha-

bía visto obligada a mirar a su alrededor y a echar un vistazo por la maldita ventana, explorando un mundo al que no pertenecía.

Y la causa de todos esos inconvenientes era la maldita indigestión.

La que había empezado dos semanas atrás, cuando, mientras estaba cenando en un étnico con estrella, tuvo que levantarse de la mesa y correr al baño para vomitar toda el plato de curanto. Mientras lo hacía, se juró a sí misma que nunca más volvería a mezclar carne y marisco en el mismo plato. Desde entonces, las náuseas habían sido constantes, día tras día, acompañadas de calambres en el estómago y una persistente sensación de vértigo. Se había alimentado a base de suplementos, galletas saladas y tortitas de arroz. Aun así, a veces no conseguía meter nada en el estómago.

Estaba al frente de un departamento estratégico de inversiones de alto riesgo y elevado rendimiento en un banco de negocios, y se había vuelto tan descaradamente rica como sus clientes. En su entorno la llamaban «el tiburón rubio»; la respetaban y la temían. Pero, por lo general, los tiburones rubios no podían permitirse la más mínima *défaillance*. Y el primer semestre estaba a punto de terminar. Serena debía organizar la nueva cartera de valores y reequilibrar el presupuesto. En resumen, se encontraba justo en medio del período más complicado del año y no podía fallar.

Temiendo que se repitiera la lamentable situación de aquella noche en el restaurante, había organizado sus compromisos de manera que las reuniones con clientes y con su equipo no durasen más de media hora. Pero no había sido suficiente. Ya había pospuesto dos veces un viaje de negocios a Fráncfort y un fin de semana en Formentera, había cancelado las clases de pilates y había evitado someterse a las dos horas de entrenamiento diario en el gimnasio. La dieta forzada, que no necesitaba en absoluto, estaba repercutiendo negativamente en su musculatura, especialmente en la de su vientre plano. Pero cuando intentó ingerir proteínas, su organismo las expulsó como si fueran veneno.

Por si eso no fuera suficiente, no dormía nada o le costaba levantarse por la mañana. Tenía un aspecto cada vez más demacrado y, para disimularlo, había recurrido a cantidades de maquillaje inimaginables en alguien como ella, que siempre se había vanagloriado de

haber recibido como un don su luminosa piel. El aliento despedía mal olor, incluso las uñas comenzaban a agrietarse. Su cabello rubio había perdido volumen y se le caía más de lo habitual.

Intuyendo que sufría un mal incurable, al final se decidió a acudir a alguien que pudiera desvelarle el origen de su indisposición. Si el diagnóstico hubiese resultado realmente fatal, no tenía ningún plan de acción. Algo insólito en alguien como ella, acostumbrada a controlarlo todo.

No tenía familia con la que contar. Era hija única y había dejado enfriar la relación con sus padres, que estaban divorciados. Ambos se habían vuelto a casar, pero no había logrado encajar con sus nuevos hermanos. El contacto era inexistente.

En cuanto a los amigos, eran pocos y cuidadosamente escogidos. Un vínculo que había cultivado a propósito, pensado para compartir únicamente experiencias placenteras, sin sentirse obligados a hacer lo mismo con las desagradables. Por lo tanto, no podría reprocharles nada si no quisieran ocuparse de su enfermedad terminal. El pacto implícito era que, en su lugar, ella también estaría exenta de cualquier obligación moral.

Llegada a este punto, no lamentaba no haber tenido marido ni hijos. A sus treinta años, eran ideas muy alejadas de su manera de ser, y seguramente lo seguirían siendo también a los cincuenta. Su existencia era la que deseaba, la que quería, la que había programado con determinación. Incluso su belleza fuera de lo común había sido educada para no ser percibida por los demás como una injusta ventaja. La sobriedad siempre había sido su norma. Con su inteligencia y terquedad, nunca había necesitado ningún atajo.

Pero ahora, con el pelo recogido con una goma en una cola improvisada y las manos que arrugaban desde hacía casi una hora un pañuelito de papel ya hecho jirones, Serena sentía una pena inmensa por sí misma. Pena y malestar. Le estallaba la vejiga y, a pesar de que el aire acondicionado del ambulatorio estuviera regulado para mantener la temperatura constante a veintitrés grados, tenía frío.

Se repitió que solo era una «maldita indigestión». Una de esas intoxicaciones alimentarias que podían prolongarse durante semanas hasta que el organismo pudiera depurarse por completo. Pero,

en una parte remota de su mente, no podía evitar preguntarse qué estaba incubando realmente su cuerpo en apariencia perfecto. Un huésped no deseado, con uno de esos nombres complicados que solo conocen los médicos. Esos que, en cuanto los oyes por primera vez, sabes que pronto se volverán familiares también para ti. Como un pariente postizo que te toca las narices, pero al que te ves obligado a soportar, aunque no lleve tu sangre.

Serena intentaba apartar los malos pensamientos. Por eso se obstinaba en mirar por la ventana. Quizá debería haber envidiado a la mujer que hacía las tareas domésticas en la cocina del apartamento del otro lado del patio. Pero, por mucho que se esforzaba, no lograba desear estar en su lugar.

«A la mierda las amas de casa y las madres de familia. A la mierda las esposas sumisas. A la mierda las que se conforman con un solo hombre. A la mierda las que se entregan solo para sentirse deseadas. A la mierda las que se conforman».

Mientras despotricaba por dentro, cuando el silencio ya se había vuelto tan opresivo que no podía seguir soportando la espera, la puerta de la consulta se abrió sin que la doctora se molestara en llamar.

Cerró tras de sí y se acercó a la camilla sujetando una carpeta contra el pecho. Sacó la primera hoja del bloc y se lo tendió.

–Tenemos los resultados de las pruebas –sentenció.

Serena cogió el trozo de papel con aparente seguridad, aunque la mano le temblaba un poco. A continuación, lo leyó. Se quedó asombrada. Cualquier conjetura, cualquier previsión había resultado errónea.

–¿Están ustedes seguros? –preguntó, con un nuevo terror en la voz.

La doctora la observó como se mira a alguien que acaba de blasfemar en una iglesia.

–Sí –respondió, sorprendida, pero también secretamente divertida.

Serena se llevó las manos al vientre de forma instintiva, aunque no tuvo el valor de bajar la mirada hacia sus abdominales esculpidos, ahora ocultos bajo la ridícula bata de florecitas.

La doctora se sintió obligada a añadir un pequeño detalle aclaratorio:

–A veces ocurre que no hay signos evidentes antes del cuarto mes.

2

Mientras regresaba a su despacho en la ciudad alta, con la ciudad baja deslizándose al otro lado de la ventanilla del taxi, Serena pensaba en la conversación surrealista que había mantenido con la doctora tras saber la noticia de que estaba embarazada.

«Y, ahora, ¿qué podemos hacer?», le había preguntado ella de inmediato, aludiendo con ese plural al hecho de que no iba a aceptar una respuesta que no incluyera una solución. El tono de la pregunta contenía una velada amenaza, como si considerara que la doctora tenía parte de responsabilidad en lo ocurrido, solo por haberle comunicado la noticia.

Quizá al ver el pánico asomar en la mirada de Serena, la facultativa esbozó una sonrisa indulgente. «Según la ley, a menos que no exista un peligro concreto para la salud física o psíquica de la madre, no se puede practicar una interrupción voluntaria del embarazo pasados los noventa días de gestación, lo que equivale a doce semanas y seis días».

«Bueno, hace un momento ha dicho que aún no estoy en el cuarto mes», replicó ella, con un atisbo de esperanza.

La sonrisa de la doctora dejó paso a una expresión de amargura. «Usted ha superado el límite legal hace un par de semanas».

Exactamente el tiempo que llevaba con la indigestión, calculó Serena bajando un poco la ventanilla del taxi. El pequeño ser que nadaba en su interior, tal vez presagiando su reacción al enterarse de tal noticia, había permanecido agazapado en silencio el tiempo necesario para traspasar el umbral legal. Una vez a salvo, había decidido revelar su presencia de manera devastadora. «Me conoce bien. E incluso posee nociones de Derecho», pensó, convencida de

que atribuir la coincidencia a la casualidad resultaba demasiado simplista para su sagacidad. La prueba de ese razonamiento era que, tras el anuncio de esa tarde, sus náuseas habían cesado de golpe.

Al feto ya no le hacía falta hacerse notar.

Se le escapó una sonrisa burlona. Pero la reprimió casi de inmediato. No tenía ninguna intención de familiarizarse con la idea de llevar otro ser humano en la tripa.

Curiosamente, todavía no se había planteado el problema de cómo había llegado hasta allí.

Primero de todo: ¿cuándo había sucedido? Debería habérselo preguntado a la doctora, pero a Serena le había entrado una repentina ansiedad por quitarse la bata de florecitas y salir cuanto antes del consultorio.

«Vaya a su ginecóloga para el seguimiento», fue la última recomendación de la doctora mientras ella cruzaba el umbral del aséptico ambulatorio en busca de la cabina con su ropa. Su ginecóloga era la última persona a la que habría acudido, teniendo en cuenta que la espiral que debería haberla mantenido a salvo de esos peligros no había funcionado. Por si la broma no fuera suficiente, la progesterona del método anticonceptivo le había hecho desaparecer la menstruación, privándola así de una señal de alerta eficaz.

Se había quedado embarazada entre enero y febrero, se dijo, resolviendo por sí sola el enigma del tiempo. A partir de ahí, fue posible responder a la segunda pregunta que le vino a la cabeza. «Dónde» había ocurrido era fácil: en Bali, durante una semana de vacaciones con cuatro amigos en el Bulgari Resort. No se privaron de nada durante esos siete días que pasaron casi ininterrumpidamente entre la playa, las fiestas y las fiestas en la playa.

Averiguado el dónde y el cuándo, quedaba por determinar el «quién». El dilema más complicado. Le costaba referirse a él como el «padre», porque eso implicaría definirse a sí misma como la «madre».

El corresponsable podía ser el surfista de Pandawa Beach. Cabello largo, ojos azules. Su único vestuario era un pareo anudado a la cintura y un collar de coral. Espalda ancha y abdominales de escándalo. Un dragón tatuado en el gemelo derecho.

Se fijó en él junto a la gran hoguera, mientras el sol se ponía.

Él también la miraba. Se estuvieron devorando con los ojos durante un buen rato y luego, mientras un conjunto de música *gamelán* hacía bailar a los presentes alrededor del fuego al son de una melodía cargada de misticismo, se apartaron de la pequeña tribu y echaron a andar por la orilla, cogidos de la mano, sin decir una palabra. Cuando creyeron haberse alejado lo suficiente del ritmo de los tambores y de los xilófonos, él la hizo tenderse sobre la arena y, al abrigo de la noche estrellada, le quitó el vestido de lino blanco, se desató el pareo de las caderas y montó sobre ella. Serena todavía recordaba el calor de su cuerpo bronceado, el sabor a salitre de su piel combinado con el olor a selva. Le había dejado la iniciativa y él hizo con ella lo que le pareció. Cuando se sintió satisfecha, se levantó y, sin decir nada, regresó sola hacia la fiesta.

No necesita ni saber su nombre.

O tal vez había sido aquel rubito noruego que llevaba una ridícula camisa de grandes orquídeas doradas. Con él había sido distinto, porque incluso estuvieron charlando antes de acostarse. Se conocieron en un bar de Benoa Bay. Recordaba haberle dado una identidad falsa y, probablemente, él había hecho lo mismo, porque al principio de la velada dijo que se llamaba Kevin, pero luego pasó a ser Karl. No había motivo para ser sinceros, ambos sabían que, después de esa noche, no volverían a verse.

Aquel encuentro sexual se convertiría en un *souvenir* en su memoria, algo con lo que fantasear y consolarse en el invierno de la vida.

Para tener un pretexto alcohólico, bebieron *arak* mezclado con zumo de fruta. Él dijo algo sobre un trabajo como informático y una empresa emergente que acababa de vender por unos cuantos millones. Ella fingió interesarse y, cuando se sintió lo suficientemente desinhibida, le cogió la mano y la guio entre sus piernas.

Una habitación en un hotel cercano. La luz y los ruidos de la calle penetraban por las persianas de bambú. En el techo, las aspas de un ventilador giraban perezosas, mezclando el aire caliente con olores a especias, comida de diversa naturaleza y el gas de los tubos de escape de los coches que pasaban.

Al amanecer se dijeron adiós sin remordimientos.

El tercero de su lista balinesa era un cincuentón al que conoció el día antes de regresar a Milán. El hombre se alojaba en su mismo resort. Estaba allí solo. Sin esposa, sin novia, sin amigos. De modales elegantes y un aspecto vagamente oriental, dijo que se llamaba Neal, nada más. Era comerciante de piedras preciosas y había ido allí para entregar una joya muy especial a un cliente importante. Después había decidido quedarse unos días y disfrutar de unas breves vacaciones. Hablaba un inglés impecable y también francés, pero no se acababa de intuir su procedencia. Se conocieron de día, en la playa. Coincidieron al ocupar hamacas contiguas. Serena no recordaba cómo habían entablado conversación, pero sí que, casi de inmediato, estuvieron hablando sobre la curiosa coincidencia de que el personal indígena del resort utilizara siempre los mismos nombres, con independencia de si se trataba de hombres o de mujeres. Neal le explicó amablemente que, en Bali, a los niños se les asignaba el nombre según su orden de nacimiento. Los primogénitos se llamaban Wayan; los segundos, Made; los terceros, Nyoman, y los cuartos, Ketut. Si una familia tenía más de cuatro hijos, la secuencia se repetía añadiendo un segundo nombre: Balik, que significa «el otro». De modo que Wayan Balik era «el otro –o la otra– Wayan», y del mismo modo podían existir Made Balik, Nyoman Balik o Ketut Balik, según fuera necesario.

Serena se sintió incómoda en el papel de la clásica turista que sabe poco o nada de la cultura del país que la acoge. Él la sacó de su apuro enseguida, cambiando de tema y centrándose en sus lecturas: Serena había llevado consigo a la playa una novela de Martin Amis y otra de Oriana Fallaci y, como solía hacer, pasaba de la una a la otra según su estado de ánimo. A Neal le hizo gracia esa costumbre. Pasaron juntos toda una tarde, compartiendo intereses literarios o gustos musicales. Durante el acto sexual fue atento y solícito, cualidades bastantes raras entre los hombres que Serena se había cruzado hasta entonces. Se despidió como un verdadero caballero. Para evitar miradas incómodas, no se presentó a la cena conjunta de esa noche. Pero, el día de su partida, en la recepción del resort, alguien había dejado para ella un libro de Gillian Flynn.

Ahora, dentro del taxi, atrapada en medio del tráfico de Milán, Serena no podía evitar preguntarse si era realmente él el elegido por la suerte. El hecho de que, en cuanto se conocieron, hablaran enseguida de nombres y de hijos, ¿podía ser una señal?

Lo bueno de las vacaciones era poder dejarlas atrás para programar las siguientes. Sin embargo, Serena sospechaba que, a partir de ese momento, su concepto de veraneo iba a cambiar para siempre. El próximo viaje de placer estaría condicionado por el recuerdo de aquella experiencia.

Repasó una vez más los perfiles de los tres semidesconocidos que habían entrado en su vida a la velocidad de un buen polvo. Uno de ellos jamás sabría que era el padre del huésped clandestino alojado en su útero. Seguiría viviendo su vida sin ningún presentimiento o preocupación, dichosa e ignorante. Y algún día moriría sin el más mínimo cargo de conciencia.

Si hubiera tenido que decidir a cuál de los tres atribuir el honor, Serena no habría sabido escoger. Que fuera el surfista de los ojos azules, el rubito noruego o Neal, el hombre caballeroso de rasgos orientales, para ella no cambiaba mucho. El secreto palpitante que ocultaba en su seno no era, en absoluto, deseado.

Tal vez podría descubrirlo por la apariencia del recién nacido. Pero Serena ya había decidido que no iba a llegar a ese punto.

Dado que el embarazo se encontraba en un estadio demasiado avanzado y el aborto ya no era una opción viable, se aferró a las palabras de la doctora.

«Cuando el embarazo esté llegando a su término, puede darlo en adopción. Desde luego, no sería la primera, es mucho más frecuente de lo que imagina. Todo el proceso se lleva a cabo en el más absoluto anonimato. Los servicios sociales se hacen cargo del neonato directamente en la sala de partos. Ni siquiera está obligada a verlo».

3

Acostumbrada desde siempre a planificar cada mínimo detalle de su vida, Serena decidió afrontar el embarazo del mismo modo. Una estricta organización era, para ella, la manera más eficaz de evitar imprevistos y, sobre todo, implicaciones emocionales. Para poder distanciarse, debía considerar lo que le estaba ocurriendo como si se tratara de una operación financiera que debía llevar a cabo.

Veinticinco semanas. Tenía que resistir únicamente durante veinticinco semanas. Después, todo se resolvería por sí solo.

Para mostrarse positiva ante el desenlace de todo el asunto, pensó de inmediato en el después. Una vez cubierto el expediente, como recompensa por el esfuerzo, se escaparía sola a alguna isla remota para dejarse acariciar por el sol. Y, a su regreso, renovaría por completo su apartamento, gastando cantidades vergonzosas en muebles de diseño en los diversos estudios de decoración de Milán.

En cuanto quedó establecida su recompensa, se centró en lo demás.

Escogió a un ginecólogo discreto y comprensivo que siguiera su embarazo durante el tiempo que faltaba hasta el parto, previsto para noviembre. Ajustaría su dieta y sus costumbres siguiendo las indicaciones del médico y se atendría escrupulosamente a todas sus prescripciones. Se sometería a las visitas necesarias y efectuaría los exámenes rutinarios. Si se comportaba como una gestante modélica, consideraría cumplido su compromiso con el bebé.

Después de eso, ya no tendría ninguna obligación hacia él o hacia ella.

Como no quería compartir con nadie su nuevo estado –ni con sus conocidos ni en su lugar de trabajo–, pensaba modificar su ma-

nera de vestir y usar ropa amplia para ocultar la inevitable redondez. Y, en los últimos meses, cuando los recursos estéticos ya no bastaran, desaparecería de la vida social y empezaría a peregrinar entre las filiales extranjeras del banco de negocios. No tendría que justificar su barriga frente a los colegas extranjeros con los que solo estaría durante breves períodos, y regresaría a Milán justo un par de semanas antes del parto.

Ya había reservado una clínica privada para el final: habitación individual, con todas las comodidades.

Para no correr el riesgo de incurrir en el mismo tipo de «incidente» en el futuro, también se sometería a una salpingectomía bilateral. La extirpación de ambas trompas le impediría reproducirse de nuevo. Pero no era una decisión dolorosa. Al contrario. Lo que le estaba pasando no hacía sino reforzar su convicción. Era consciente de que muchas mujeres la habrían juzgado mal por ello. La verdad, no le importaba. Aun así, decidió que su decisión sería un secreto.

Durante las semanas siguientes, en cada ecografía rutinaria, nunca observó el desarrollo fetal en el monitor: prefería mirar hacia otra parte. No quiso escuchar el latido del corazón, ni saber el sexo del bebé.

A medida que ese pequeño ser crecía dentro de ella, no cambió de idea.

Como no podía controlar sus hormonas, temía que los arrebatos y los cambios de humor la hicieran vacilar. Solo una vez tuvo una especie de debilidad, aunque no hasta el punto de interpretarla como un repentino descubrimiento del instinto maternal.

Ocurrió precisamente al principio, en el gimnasio, una tarde como tantas.

Por consejo médico, había reducido drásticamente la actividad física para no poner en riesgo la salud del feto. Para ella era una renuncia enorme: su organismo estaba drogado de endorfinas y serotonina, liberadas gracias al entrenamiento intenso. Su cerebro las necesitaba para sentirse en todo momento eficiente y despierta en el trabajo. En su entorno, muchos recurrían a las drogas, en especial a la cocaína. Los que eran como ella, en cambio, obtenían los mismos efectos a través del esfuerzo y el agotamiento físico.

No era fácil desintoxicarse de esa costumbre, pero Serena lo estaba consiguiendo.

Excepto aquel día fatídico.

Hacia las once de la noche, el gimnasio se había vaciado y ella se había quedado sola. Se entrenaba en una de las últimas cintas de correr, frente a una cristalera que daba al paisaje nocturno de la ciudad. El ritmo de su carrera era constante, sin forzar demasiado, tal como se lo habían aconsejado. De fondo, música clásica. Encima del pantalón corto, Serena llevaba puesta una sudadera negra. El pelo recogido, una toalla blanca alrededor del cuello con la que, de vez en cuando, se enjugaba el sudor de la cara y la frente.

Según la pantalla, le faltaban un par de minutos para llegar al tiempo que se había propuesto al inicio, pero ya había recorrido ocho kilómetros. Pensó que era suficientes. Alargó el brazo para detener la cinta, pero no acertó el botón y pulsó accidentalmente el que aceleraba la marcha. En vez de corregir el error, decidió hacerle caso a la máquina y alargó el paso. Seguía con la mano sobre la pantalla táctil. Poco después, volvió a pulsar la tecla para aumentar la velocidad. Una vez. Luego otra. Y otra más. Hasta que empezó a notar los gemelos palpitándole, como antes, cuando solía ir más allá del límite. Los músculos vibraban, el sudor le chorreaba por la cara y por la espalda. Debería haberse quitado la maldita sudadera. Rechinó los dientes con rabia y se lanzó, desesperada, a esa alocada y solitaria proeza de desafiar sus límites. No sabía por qué lo hacía. O tal vez sí, incluso demasiado bien. En el fondo de su corazón, deseaba que ese niño se cansara de vivir en su interior y la liberase.

«Acabemos de una vez. Aquí y ahora».

El absurdo intento de sacarlo de su escondite fue interrumpido por un calambre repentino en el bajo vientre que la dobló por la mitad y la obligó a pulsar rápidamente el botón de parada de emergencia. La cinta se detuvo bajo sus pies, el dolor le cortó la respiración y la hizo caer de rodillas. Logró a duras penas agarrarse a la barandilla, mientras con el otro brazo se sujetaba la tripa. El espasmo no parecía tener fin y era tan violento que Serena no era capaz de abrir los ojos. Pensó que iba a morir. Pero la sensación se desvaneció tan de repente como había llegado, sin dejar rastro. Y ella volvió a sen-

tirse bien, como si nada hubiese ocurrido. Aunque la amenaza, en su cabeza, había quedado del todo clara.

«No te librarás tan fácilmente de mí. Y, en todo caso, nos hundiremos juntos». Desde ese día, ya no tuvo ganas de repetir el experimento.

Había leído en alguna parte que a las mujeres embarazadas les ocurría algo mágico entre la semana catorce y la veinte, cuando empezaban a percibir los movimientos del feto. Y justo por eso, Serena estimó que podía ser el momento más difícil para ella. Aunque estaba segura de sus convicciones y de que no poseía ningún instinto maternal, no podía prever cómo reaccionaría ante algo que nunca había experimentado antes y que, en otras gestantes, provocaba tanta conmoción.

Hasta entonces, Serena no había sido plenamente consciente de que, fuera donde fuese e hiciera lo que hiciese, con ella siempre viajaba otra persona.

La presencia se manifestó una tarde, en la escalerilla de un avión con destino a Nueva York. Fue algo casi imperceptible. Podría muy bien haberlo confundido con un movimiento estomacal normal. Pero su duración la convenció de que se trataba de otra cosa. Un segundo menos y le habría quedado la duda. Así, en cambio, era inequívoco.

Ese movimiento no procedía de ella. Había sido provocado por alguien, «dentro de ella».

Desde entonces, la experiencia se repitió con más frecuencia, sin provocar ningún desorden emocional que la empujara a cambiar de planes. Serena no se alteró ni siquiera cuando comenzaron lo que parecían pataditas bien dadas contra diversos órganos internos. Era una molestia soportable. Excepto por la noche, cuando el seísmo interior le impedía dormir bien.

Pero también supo cómo resolver ese problema.

Una tarde, mientras empujaba un carro repleto de comida saludable por los pasillos del supermercado, se detuvo de golpe delante de un tarro de Nutella. Cada noche, antes de acostarse, Serena se zampaba tres cucharaditas de esa pasta marrón y, al hacerlo, descubrió que podía apaciguar a su inquieto huésped con sorprendente eficacia.

Aparte de eso, todo transcurría de la mejor manera y ella se iba dirigiendo rápidamente hacia el parto que habría resuelto todos sus problemas.

Estaba cada vez más convencida de dejar que otra persona criara al niño o a la niña y nunca dejaba de recordarse a sí misma los aspectos positivos. Por ejemplo, todas las implicaciones futuras asociadas a la crianza. Se evitaría los trastornos de la adolescencia, la elección de una carrera académica; los primeros amores, los primeros granos, las primeras decepciones. Ni siquiera debía, a corto plazo, preparar una canastilla, comprar una cuna o un cochecito, ni organizar el cuarto del bebé. Nada de dar el pecho o el biberón en mitad de la noche. Nada de pediatras, cólicos, gases ni primeros dientes. Nada de vómitos ni de papillas. Nada de pañales.

La clínica privada se encargaría de proporcionarle el primer pelele al recién nacido. Estaba incluido en el servicio que había contratado.

Y no tenía que escoger un nombre. Esa tarea correspondería, junto con el resto de las responsabilidades, a la familia adoptiva.

Serena no sabría nunca quiénes serían los futuros padres. No los vería jamás. O tal vez sí, en un futuro, por casualidad. Pero no sería capaz de reconocerlos. Y lo mismo ocurriría con el bebé, si alguna vez se lo encontrara o se la encontrara de frente. Estaba segura de ello.

La llamada de la sangre era una buena excusa para los románticos. No tenía ninguna base en la vida real. Había oído decir que más del cuarenta por ciento de los seres humanos ignoraba que no era hijo de su padre. Y como ella misma no sentía vínculo alguno con la familia que había dejado atrás hacía años, quizá el feto que llevaba en su seno había heredado ese gen afortunado. El mismo que ahora le facilitaba tanto el objetivo que se había marcado.

Separarse para siempre de él o de ella.

Aquella idea debería haberla afectado de algún modo. A los doce años, por ejemplo, le regalaron un conejo de Angora. En esa época vivía con su madre y su padrastro. Al cabo de solo tres días, se vieron obligados a deshacerse del animal por culpa de una alergia imprevista de uno de sus hermanastros. En esa ocasión, Serena ex-

perimentó un dolor desconocido, casi insoportable. Todavía guardaba el recuerdo con nitidez. Ahora temía que, después del parto, pudiera experimentar el mismo sufrimiento. La comparación era arriesgada, sí, pero el miedo era más que legítimo. Sin embargo, a medida que se acercaba el momento fatídico, la preocupación se iba atenuando, reconfortada por la firme convicción de que no tenía mucho que ofrecer a un nuevo ser humano, ni en cuanto a instinto maternal ni a mera empatía.

Persuadida de que estaba en lo cierto y de que no iba a cambiar de opinión, convencida también de haber tomado la mejor decisión para el destino del bebé, Serena regresó de su último viaje de trabajo al extranjero, como estaba previsto, dos semanas antes de ingresar en la clínica.

Al llegar a casa desde el aeropuerto, a última hora de la tarde, se preparó una simple infusión y se la bebió de pie, en la oscuridad y el silencio de su cocina. Luego, se dio una ducha caliente con la intención de meterse pronto en la cama. Desde que su vientre se había convertido en un enorme estorbo, ya no se miraba al espejo. Se limitaba a un somero y rápido vistazo para cerciorarse, a través del despiadado reflejo, de que tenía un aspecto presentable.

Sin embargo, sus días desaliñados estaban llegando a su fin. La promesa tácita era que, después, volvería a aparecer la Serena de antes. Y con ella volverían los zapatos de tacón alto, los vestidos de la talla adecuada, el alcohol, el *sushi*, las ostras y el jamón curado.

Pero esa misma noche el plan que había llevado a cabo con disciplina e infatigable determinación iba a sufrir un brusco cambio. Hacia las tres de la madrugada, Serena se despertó a causa de un repentino y al mismo tiempo inexplicable malestar. Empezó a deambular por su casa, aturdida. Se apoyaba en las paredes para no perder el equilibrio.

A pesar de tener la mente nublada, intuyó la gravedad de lo que estaba a punto de sucederle.

Cogió el teléfono para llamar a emergencias, pero no estaba segura de poder hablar. Con la poca lucidez que le quedaba, recordó los tiradores de alarma instalados en todos los baños del apartamento. Al tirar de uno, activaría una llamada de socorro en la porte-

ría del lujoso rascacielos en que vivía y alguien acudiría en su ayuda. Al menos eso aseguraba el folleto que le había dado la prestigiosa agencia inmobiliaria que le vendió la casa.

La cuerdecita más cercana se encontraba en un pequeño baño de servicio, utilizado como trastero por la mujer de la limpieza.

Entró y encendió la luz sobre el espejo. Buscó el cordón que colgaba en el interior de una ducha que no se usaba nunca. Se tambaleó hacia él. Moviéndose torpemente en ese espacio angosto, Serena tropezó con el cable del aspirador e hizo caer varios envases de detergente de las estanterías, que rodaron hasta sus pies. Maldijo a Admeta, la empleada doméstica, pero no se rindió. Alargó un brazo para agarrar la bolita roja del extremo de la cuerda. Le dio la sensación de que la tocaba, pero no estaba del todo segura, porque el pequeño mundo que la rodeaba se dio la vuelta ante sus ojos. O quizá fue ella quien perdió el sentido y se desplomó sobre el suelo de azulejos.

«¿Habré tirado?», se preguntó, invadida por una duda espantosa.

Con la mejilla y el pómulo aplastados contra la fría cerámica, mientras perdía las fuerzas rápidamente, se quedó mirando un bote azul de detergente líquido que, como ella, había caído al suelo.

Leyó la etiqueta: Perfume de Aurora.

¿Qué clase de olor sería?, reflexionó, preguntándose si era más absurdo el nombre que había inventado algún experto en *marketing* para una fragancia claramente química o la pregunta que ella misma se hacía en un momento como ese.

Después fue como si alguien apagara la luz.

La oscuridad que siguió fue tan clara que, cuando volvió a abrir los ojos, le pareció que habían transcurrido apenas unos instantes.

El coma en el que había estado flotando se desvaneció. Esperaba encontrarse todavía frente al bote azul de detergente Perfume de Aurora; en cambio, estaba en una sala de reanimación.

El primer pensamiento fue que, en efecto, había conseguido tirar de la cuerdecita de emergencia. De lo contrario, su presencia en ese lugar habría sido inexplicable.

Poco después la visitaron una enfermera y, luego, un médico. Ambos intentaron tranquilizarla diciéndole que había tenido mu-

cha suerte, que se recuperaría por completo y que pronto le darían el alta.

Por sus palabras descubrió que habían pasado tres semanas.

En ese lapso de tiempo habían ocurrido varias cosas. Los cirujanos habían reparado una hemorragia uterina y le habían salvado la vida. Y, en lugar de estar en la clínica privada que había reservado, se encontraba en un gran hospital donde nadie conocía sus intenciones de dar en adopción al recién nacido que iba a parir.

Le mostraron un revoltijo que, según dijeron, era una niña y, dado que no sabían cómo llamarla, le preguntaron qué nombre había elegido para ella. Serena no tuvo fuerzas de replicar ni explicar nada. Pensó en decir lo primero que le viniera a la cabeza.

Perfume de Aurora le pareció un nombre algo arriesgado.

–Aurora –dijo, simplemente.